



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

*El deporte como dispositivo clínico  
Un hacer en el acompañamiento de trayectorias adolescentes*

**Modalidad:** Ensayo

**Autora:** Imhoff, Valentina

**Legajo:** I-5008/3

**DNI:** 35.637.424

**Graduada responsable:** Tassara, Julia

**2024**

**Agradecimientos**

A la Universidad Pública y Gratuita, que me permitió cumplir el deseo de formarme desde, con y junto a otros y otras. A la Facultad de Psicología, por habilitar un espacio para hacer preguntas y construir reflexiones. Por brindar un sitio donde habitar y pensar “lo común” en

el aprendizaje de lo singular.

A las y los docentes por la transmisión. Principalmente a la Cátedra de Perspectivas en Educación por la calidez, el encuentro y el trabajo colectivo en constante cuestionamiento de las lógicas actuales.

A mi graduada responsable, Julia Tassara por la paciencia, la contención y el acompañamiento. Por alojar y sostener las dudas y preguntas. Por compartir saberes e invitar a problematizar juntas. Por dar su tiempo y ser compañía en el camino.

A mi docente TIF, Julieta Salcedo por orientar y direccionar el devenir de este trabajo final.

A la “Casa Comunitaria” del barrio Moderno por permitirnos hacerle preguntas a lo que nos conmueve. A los y las adolescentes del “Taller de fútbol” por el tiempo compartido. Gracias a mis compañeras Carolina y Malena por el trabajo interdisciplinario y la construcción en conjunto.

A mi familia. A mi mamá Cecilia y a mi papá Gustavo por sostenerme y apoyarme. Por entender mis tiempos y acompañar mis ritmos. Por confiar y creer en mí. En especial, a mi hermana Delfina por sujetar desde la cotidianidad y la convivencia.

A mis amistades y a las personas que estuvieron y acompañaron este recorrido. Gracias por el abrazo contenedor y la risa descontracturante. Por el aguante, el agite y el aliento. Por comprender las ausencias y sostener.

A Alejandro, Eliana, Fabio y Germán por la escucha atenta y la lectura comprensiva. Por la humildad y el gesto. Por los aportes y saberes brindados.

A mis abuelas por el amor y por estar siempre en la primera fila.

A Jorge “el Nene” Ternengo. Como dijo Olive en la película *Little Miss Sunshine*: “I’d like to dedicate this to my grandpa who showed me this moves” (Dayton y Faris, 2006)

## Índice

<b>Resumen</b> .....	
<b>2 Introducción</b> .....	
<b>3 Adolescencias a la luz -oscuridad- de la época</b> .....	<b>4 Desde la destrucción a la construcción. El deporte como encauce, aplazamiento y espacio posibilitador</b> .....
<b>7 Las paradojas del lazo social. La construcción de “lo común”</b> .....	
<b>11 Reflexiones finales</b> .....	<b>15 Referencias bibliográficas</b> .....
	<b>17</b>

## Resumen

El ensayo aborda el deporte como elemento de la cultura y dispositivo grupal para el acompañamiento de trayectorias adolescentes en un contexto social complejo. Se piensa a la adolescencia como un periodo de cambios y procesos de duelo que generan incomodidad ante no saber qué y cómo hacer con lo que se presenta. Se plantea el problema de cómo el deporte puede servir como medio y herramienta para encauzar lo pulsional y fomentar el lazo social en una época marcada por la violencia, la crueldad y el desborde de los policonsumos. Desde una posición crítica y ética la argumentación y la

reflexión contarán con el propósito de discurrir en el psicoanálisis como método y teorías, como así también ahondar en la relación entre el deporte, lo pulsional y la construcción de lazo. El deporte funciona como lugar de alojamiento, de aplazamiento y encauce pulsional posibilitando nuevas disyuntivas, desde el juego, desde el hacer, en la grupalidad y en la construcción colectiva. A lo largo del análisis, se profundiza en cómo la actividad deportiva actúa como una alternativa a la violencia y permite el aplazamiento pulsional y la actividad sublimatoria. Se ahonda en las contradicciones y en la ambivalencia del lazo para pensar el encuentro con el otro en el periodo adolescente. Se conceptualiza una noción de grupalidad que permita habitar “lo común” sin perder lo propio. Se concluye en pensar a la clínica como un hacer desde las particularidades de la experiencia, situada en un contexto y en una época.

**Palabras clave:** adolescencias - deporte - lazo social - psicoanálisis. 2

## **Introducción**

El tema del presente ensayo es el deporte pensado como dispositivo grupal para el acompañamiento de las trayectorias adolescentes. Desde una posición crítica y ética, la argumentación y la reflexión cuentan con el propósito de discurrir en el psicoanálisis como método y teorías, como así también ahondar en la relación entre el deporte, lo pulsional y la construcción de lazo. La lectura permite acompañar una conversación que explora y prolifera los sentidos, argumentando frente al sentido común y permitiendo

problematizar en torno a la temática. Además, se evoca desde la pluralidad de voces, desde el encuentro y articulación con otras disciplinas y varios autores.

Los sujetos que transitan la adolescencia se encuentran en un periodo de cambios físicos que además, según Brignoni (2012), es un periodo caracterizado por la incomodidad de los propios sujetos y de quienes los rodean. Un tiempo que desencadena procesos de duelo y que presenta una cuestión con el “no saber”, lo que lleva a preguntar: ¿cómo hacer para relacionarse con otros?, ¿qué hacer con su sexualidad y con su cuerpo? A la vez esta cuestión trae consigo un elemento de novedad, el/la adolescente inventa para sortear el malestar. Este trabajo propone pensar las adolescencias y sus posibilidades en un contexto atravesado por las claves actuales de la época: el neoliberalismo y los escenarios que se caracterizan por el avance de la violencia, de la legitimidad de la crueldad y el desborde de los policonsumos.

Este ensayo instala la pregunta por el deporte como herramienta para el trabajo con adolescentes en espacios comunitarios o lugares transitados por los mismos. Surge pensar si es posible situar al deporte como un espacio y un tiempo para el encauzamiento y aplazamiento pulsional en el periodo crítico de la adolescencia. Se ubica al deporte como dispositivo, como un artificio posible para mediar la producción de lazo social y para entretejer una unidad que permita a cada uno pasar por lo común hasta encontrar su manera de estar solo entre los otros (Percia, 1994). El deporte como un espacio de demora y proceso del empuje pulsional distinto ante las propuestas de inmediatez y crueldad de la época y el contexto.

Se piensa al deporte como estrategia para encauzar la agresividad pulsional, presentándose como un lugar posibilitador de la actividad sublimatoria y de acompañamiento para el malestar adolescente. El deporte como dispositivo que brinda a los y las adolescentes alternativas para otras formas de lazo, funciona como lugar de alojamiento, de aplazamiento pulsional posibilitando nuevas disyuntivas, desde el juego, desde el hacer, en la grupalidad y en la construcción colectiva.

Por lo tanto, el ensayo aporta a la reflexión y exploración de la relación entre el deporte como elemento de la cultura y la incidencia en la construcción de los lazos sociales. Se piensa al deporte como un espacio y un tiempo para el trabajo psíquico y como dispositivo grupal para el acompañamiento a las adolescencias.

Dicho análisis se sitúa en un momento epocal y desde un contexto específico, como presagia Lacan (2009) “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (p. 308). Ensayar y problematizar estas relaciones resulta relevante para poder pensar herramientas en el territorio y en la clínica en tiempos donde los sujetos están atravesados por una angustia que suele mudar en violencia siendo en parte consecuencia de lógicas, discursos y estructuras que postulan condiciones que lo permiten.

-¿Entonces estás enojado con la vida?  
-Podría decirse.  
-Tené cuidado.  
-¿Por?  
-El que se enoja con la vida se hace amigo de la muerte.”  
(Zabo, 2019)

Para comenzar este ensayo situaremos las nociones de “adolescencia” y “época”, cuáles son sus características y qué efectos tienen en las subjetividades. Esto es pensado y problematizado a la luz de una noción central del psicoanálisis que es la del malestar en la cultura.

Respecto a la noción de adolescencias tomaremos como referencia a la psicóloga y psicoanalista Susana Brignoni en su libro *Pensar las adolescencias* (2012), donde aborda cuestiones que caracterizan y sitúan este tiempo. Los sujetos que transitan la adolescencia se encuentran en un período de cambios biológicos, psicológicos y sociales, además de ser principalmente un periodo caracterizado por la incomodidad de los propios sujetos y de quienes los rodean. En el libro, la autora inicia con algunas preguntas sobre la causa de esta incomodidad y se interroga si las conductas de los adolescentes son una objeción al vínculo o un modo de presentación que implica una defensa que tenemos que interpretar; a partir de su trabajo clínico e institucional comienza a reflexionar sobre algunas de sus preguntas.

La adolescencia es un tiempo que desencadena procesos de duelo, entre ellos la autora enuncia la despedida del cuerpo infantil y la llegada de un cuerpo que se transforma. En ese proceso de cambios se produce un efecto de algo que aparece como extranjero para el sujeto, “se trata de un cuerpo que habla al sujeto pero le habla en una lengua que él desconoce” (Brignoni, 2012, p.35). Así mismo se da una modificación de la imagen del cuerpo, lo que implica para el adolescente realizar un trabajo de “reapropiación”.

Además, en este tiempo se presenta una cuestión con el “no saber”, un desconocimiento que incomoda, que angustia, que confunde, que conflictúa, el/la adolescente “no sabe sobre lo que acontece en su cuerpo, no sabe sobre cómo relacionarse con el otro, no sabe qué y cómo hacer con su sexualidad. Hay algo que lo desborda y el saber acumulado durante la infancia es insuficiente para responder” (Brignoni, 2012, p.52). A la vez se le añade el duelo por el vínculo con los padres: debe realizar un trabajo de separación con ellos. Entonces, no solo es insuficiente el lenguaje infantil acumulado para responder a estos nuevos interrogantes sino que el lenguaje construido al amparo de los padres, como dice Lacadée (2008) también se presenta como impotente para nombrar. En este entramado, en esta oscuridad enigmática, Erikson (1985) sostiene que el adolescente está perseguido, acosado por la dinámica del conflicto.

El “no saber” que se plantea trae consigo un elemento de novedad. Brignoni (2012) ubica que el adolescente intenta responder a sus preguntas mediante una invención: ante el “no saber”, el adolescente inventa. Las invenciones o creaciones se darán a partir de elementos ya existentes, son formas transitorias que encuentran para abordar algo de lo que les produce malestar. Estas nuevas formas inventadas a veces implican transgresiones que también pueden pensarse como modo de hacer frente a ese malestar, saltarse la norma y actuar de modo desafiante.

Hablamos de malestar recuperando los aportes de Freud (1989) en *El malestar en la Cultura*. Allí postula que hay tres grandes fuentes de sufrimiento: el cuerpo propio, el

como malestar para el sujeto porque implican un sacrificio pulsional para la vida en sociedad. La vida entonces resulta costosa, trae dolores, aflicciones, decepciones, tareas difíciles de resolver pero para soportarlas nos son imprescindible algunos calmantes. “Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas” (p.75). Lo pulsional, en el tiempo adolescente, se reconfigura y el sujeto no solo va a preguntarse qué hacer sino cómo hacer: qué hacer con la novedad y con su deseo y cómo manejar el conflicto de inscribir aquello en lo social, en la relación con otros, en el lazo social.

Si hablamos de cultura, de vida en sociedad y de modos de relacionarse, no podemos eludir la referencia a la época. Cada momento histórico, cada contexto configura modos de relacionarse y eso tiene impacto en la producción de subjetividades. Brignoni (2012) toma y reafirma algunos estudios de Bernfeld donde sitúa que el adolescente está íntimamente relacionado con su época: los y las adolescentes deben construir nuevas respuestas y lo harán tomando elementos y referencias de su propia época.

A partir del siglo pasado la adolescencia es tomada como una etapa crítica, el joven se considera peligroso, violento, criminal y se instalan procedimientos coercitivos. En nuestra época los y las adolescentes también aparecen rodeados de un aura de peligrosidad y este tipo de construcciones incide en la mirada con que nos acercamos a ellos y ellas. Pero, ¿cuáles son las características de la época?, ¿cómo desentrañar las construcciones y las miradas que la misma presenta? Para poder pensar a las adolescencias situadas y acompañar esas trayectorias debemos observar y analizar las contingencias que nuestra época ofrece.

Las adolescencias son inquietantes e incómodas. Brignoni (2012) lo describe claramente al plantear que ese momento de la vida se presenta como enigmático tanto para el sujeto adolescente como para quienes, desde un lugar adulto, acompañan; sin desconocer que los adultos también se encuentran atravesados por los avatares de la época. Entonces, ¿qué lectura hacemos de las claves que presenta la época? Se trata de un momento histórico que sobrepasa con creces aquel malestar inherente a la vida en sociedad postulado por Freud. Por y desde la intrínseca relación con lo epocal es que este ensayo propone pensar las adolescencias en un contexto atravesado por las claves actuales que postula el neoliberalismo y desde escenarios caracterizados por el avance de la violencia, de la legitimidad de la crueldad y el desborde de policonsumos.

En relación a aquello que sobrepasa el malestar inherente nos podemos apoyar en el concepto de Silvia Bleichmar (2005) de “malestar sobrante”:

El malestar sobrante está dado, básicamente, por el hecho de que la profunda mutación histórica sufrida en los últimos años deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite, de algún modo, avizorar modos de disminución del malestar reinante. Porque lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone, es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ello la felicidad será alcanzada. (p.30)

Esta mutación histórica, que lleva a Bleichmar (2005) a desarrollar este concepto se caracteriza por la desesperanza y la apatía que impiden pensar proyectos, invenciones, creaciones que posibiliten disminuir el malestar. Estas claves no solo tienen que ver con la dimensión política, económica y con medir la vida desde un reduccionismo financiero sino además con un desconcierto, donde lo anteriormente pensado entra en crisis y se dificulta pensar un futuro distinto y posible.

Para problematizar desde este punto y pensar las posibilidades que aquellos sujetos adolescentes tienen para poder producir invenciones frente a esa nueva incomodidad, es importante localizar estos cambios estructurales históricos. Igual de relevante es comprender y analizar las características de la época para pensar a los

adultos que rodean dichas adolescencias. Es así que Murillo (2017) nos brinda su referencia con respecto al concepto de “cultura del malestar”:

Con “cultura del malestar” me refiero al neoliberalismo, dado que este nombre invoca mucho más que una teoría económica, tal significante alude a un complejo modo de gobierno de los sujetos, a una verdadera cultura, que implica modos de ser en el mundo, uno de cuyos signos fundamentales es la construcción del malestar, la constante sensación de inseguridad, que expresa algo que se conoce como angustia. Este núcleo cultural que atraviesa el mundo genera una forma de gobierno a distancia de los sujetos, en tanto esa angustia flotante que suele traducirse con el significante “inseguridad” insta (...) al olvido del prójimo, y por ende a la pérdida de lazos amorosos. Este ensimismamiento produce a su vez, mayor malestar y profundiza la angustia en los sujetos individuales y en las poblaciones, la cual a su vez agudiza la violencia y con ello la angustia que se traduce en malestar. (p.1)

Son tiempos donde el individuo es en tanto condición de consumidor, donde el celular y las nuevas tecnologías se volvieron determinantes para la construcción de lazos, principalmente para las infancias y adolescencias. En palabras de Murillo (2017), la sociedad se vuelve una competencia entre individuos libres, pero esta libertad entendida como deseo materialista es una libertad negativa respecto del otro, libertad egoísta, donde los lazos amorosos se constituyen en vínculos calculados y el prójimo desaparece.

En esta misma línea, Ulloa (2005) realiza un recorrido sobre la crueldad, su disposición universal y sus diferentes grados y ocasiones. Centra que “El paradigma del dispositivo de la crueldad (...) no está acotado solamente al ámbito puntual del tormento, sino que debe estar sostenido por círculos concéntricos, logísticos, políticos” (p.1). El autor además construye el concepto de “encerrona trágica” como núcleo del dispositivo de la crueldad. Se trata de un lugar sin terceridad donde algo vital depende de alguien o algo que impone maltrato, lo que hace predominar el dolor psíquico, un dolor sin salida, diferente del dolor de la angustia.

Estos dispositivos de crueldad se nos hacen visibles y palpables, como exponen Rocha y Lan (2021) en su artículo de la Revista da ANPEGE, en contextos donde gobiernan las lógicas del narcotráfico, donde se evidencian prácticas gubernamentales que producen subordinación-exclusión-extinción, donde cada vez hay más grupos sociales que pasan de la desigualdad a la exclusión, donde hay cuerpos sometidos a dispositivos disciplinares de corrección, donde la muerte violenta es una vivencia experimentada en el cotidiano. Contextos donde la práctica del robo es usual en adolescentes para sostener el policosumo abusivo de drogas, como también para obtener relaciones de poder y amistad (Rocha y Lan, 2021), convirtiéndose en proyecto de futuro pero en estrecha vinculación con la posibilidad de la muerte como destino. En palabras de Ulloa (2011) “Lo cruel habita cualquier esquina de la ciudad, y sus múltiples variaciones siempre remiten a la muerte. Cobra una importancia mayor considerarlo así cuando se trabaja con sujetos en quienes la indigencia determina una muerte ya instalada” (p. 112).

En Argentina encontramos gran cantidad de adolescentes fuera del sistema educativo y laboral. Según datos de UNICEF, SITAN y Adolescencia en Argentina (2020;2017), a un gran porcentaje de adolescentes se les dificulta continuar con sus estudios por elevadas cargas de tareas domésticas intensas, incluyendo tareas de cuidado de otros miembros del hogar o situación de embarazo, o por realizar actividades para asegurar el autoconsumo. Asimismo, la consecución de sus derechos suele verse limitada por los bajos ingresos familiares y la falta de acceso a bienes y servicios, por un temprano ingreso al mercado laboral, al mercado informal en puestos de baja calidad y remuneración, o por situaciones de violencia, abuso o abandono.

Surge entonces la gran pregunta por “el tiempo de los sujetos adolescentes”.

Winnicott (1980) nos alumbra con su simpleza declarando que “Existe un solo remedio efectivo para la adolescencia: el transcurso del tiempo y los procesos graduales de maduración (...). Es imposible apresurar o demorar este proceso” (p. 107). Pero, ¿qué

6

sucede con este tiempo cuando encontramos adolescentes con responsabilidades adultas, como el trabajo y el cuidado de otros/as sin posibilidades de desenvolverse plenamente en sus derechos? o ¿qué posibilidades de invención les propone la época cuando uno de los proyectos posibles de futuro está emparentado con la violencia y la muerte como destino? Esto puede llevar a configurar una “cultura de la mortificación”, cultura donde para los sujetos impera la renegación (Ulloa, 2011) o en palabras de Murillo (2017) “cultura del malestar”, donde la angustia se profundiza y la violencia se agudiza.

Ante las propiedades que postulan los autores para categorizar aquel malestar que va más allá de renunciar a las pulsiones, resulta indispensable señalar las palabras de Bleichmar (2005) para situarnos frente a la época y a la construcción de las formas de acompañamiento: “Cada generación debe partir de algunas ideas que la generación anterior ofrece, sobre las cuales no solo sostiene sus certezas sino sus interrogantes, ideas que le sirven de base para ser sometidas a prueba y mediante su deconstrucción propiciar ideas nuevas.” (p.31). La autora enuncia que cuando esto se altera no solo se deja despojadas de historia a esas generaciones sino también de un soporte del cual poder desprenderse.

Las respuestas, los recursos, las vías o las fugas que van encontrando, innovando e inventando los y las adolescentes se modifican, mutan en relación al momento histórico que les toca vivir y a las posibilidades y ofertas que se les hacen presentes en esa misma época. En tiempos donde los sujetos están atravesados por una angustia flotante que suele trocarse en violencia y en un contexto de lógicas y políticas que lo permiten, favorecen y propician, ensayar y problematizar estas relaciones se torna relevante para poder pensar herramientas en el territorio y en la clínica que acompañen las trayectorias.

Nos encontramos ante una sociedad occidental que imposibilita la salida de la crisis de la adolescencia, como declaran Spengler (2001) y Brignoni (2012), que la sitúa frente a una dependencia longeva de los padres, donde asistimos a una confusión de los límites y son difusos los ritos de paisajes. Por lo que se posterga la separación de los padres presentando dificultades a los jóvenes en construir representaciones de sí mismos proyectadas a futuro.

Se torna entonces un desafío poder reinventar, resituar y hasta innovar lugares que habiliten al surgimiento de la novedad que trae consigo el periodo adolescente. Lugares que permitan habitar la incomodidad, que den y acepten el tiempo de los sujetos que la atraviesan, como dice Winnicott (1980), esa experiencia vital, ese problema de existencia, esa etapa de descubrimiento personal. Poder además reflexionar sobre la función y las formas que los profesionales y adultos resuelven para acompañar, privándose de llenar esa falta de entendimiento con su propio saber (Brignoni, 2012). Poder posibilitar y construir lugares, espacios, encuentros que reconstruyan lazos amorosos y desafíen los destinos de la violencia y la renegación.

***Desde la destrucción a la construcción. El deporte como encauce, aplazamiento y espacio posibilitador***

*“Para odiar, hay que querer  
Para destruir, hay que hacer”  
(Intoxicados, 2005)*

Realizaremos una breve introducción al concepto de agresión de Donald Winnicott para pensarlo en relación a la adolescencia. Lo pondremos en tensión con las contingencias que postula la época para introducir al deporte como un lugar posibilitador de la actividad sublimatoria y de acompañamiento para el malestar adolescente.

El pediatra y psicoanalista inglés Donald Winnicott (1990), retomando la teoría de Freud, profundiza en el estudio de las raíces de la agresión como algo innato, que es fuente principal de energía y que se relaciona con la frustración y con el miedo. Nos hace

7

saber que los principales elementos a partir de los cuales se elaboran los asuntos humanos, -el amor y el odio- implican agresión. Realiza un recorrido del concepto desde el inicio de la vida, muestra cómo el movimiento corporal infantil tiene relación con el surgimiento de la agresión ya que de él se obtiene algún tipo de placer y permite la exploración del mundo exterior. Algunas de estas gratificaciones, dice el autor, pueden poner en peligro lo que se ama, así como se puede llegar a una transacción entre la gratificación y el peligro. El niño irá encontrando una separación entre lo que no se puede lastimar y lo que sí.

La agresión puede estar oculta, desviada, encubierta en manifestaciones contrarias y la destrucción también existe en la fantasía. “Winnicott (...) señaló que la elaboración del impulso destructivo presente en el mundo interior del niño se transforma, con el tiempo, en el deseo de reparar, construir y asumir responsabilidades. (...) Asimismo, hace hincapié en el juego y en el uso de los símbolos como medios de contención de la destructividad interior.” (Winnicott, C., 1990, p. 101).

¿Qué sucede con la agresión en la adolescencia? Recordemos que el tiempo adolescente se presenta de forma turbulenta y sinuosa, manifiesta un torbellino de cambios que se dan a partir de lo que sucede en la pubertad. Los aspectos que se van a resaltar en este momento son los cambios corporales y el acceso a la capacidad reproductiva, estos cambios tienen efectos en la subjetividad e implican procesos de duelo. Brignoni (2012) postula que en la pubertad surge algo que al sujeto se le impone y ante este sufrimiento tiene que inventar posibles respuestas: esto es la adolescencia.

Donald Winnicott (2013) esclareció que ante estos cambios no hay más remedio que el tiempo; pero esa espera impone una considerable tensión. Postula que el cambio sexual, el crecimiento físico y la adquisición de verdaderas fuerzas trae consigo un peligro que otorga a la violencia un nuevo significado: emerge la astucia y los conocimientos para utilizarla, existe una fuerte propensión a la agresión. Esto lo lleva también a pensar que hay una relación con la fantasía del asesinato, crecer comienza a significarse como ocupar otro lugar, que puede manifestarse en impulso suicida, una fantasía inconciente donde el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo y existe la fantasía inconsciente de “la muerte de alguien”:

El adolescente, o el joven y la muchacha que todavía se encuentran en proceso de crecimiento, no pueden hacerse cargo aún de la responsabilidad por la crueldad y el sufrimiento, por el matar y ser muerto que ofrece el escenario del mundo. En esa etapa ello salva al individuo de la reacción extrema contra la agresión personal latente, es decir, el suicidio. Parece que el sentimiento latente de culpa del adolescente es tremendo, y hacen falta años para que en el individuo se desarrolle la capacidad de descubrir en la persona el equilibrio de lo bueno y lo malo, del odio y la destrucción que acompañan al amor. (p. 229)

En el apartado anterior, desarrollamos que a partir de estos cambios y de los duelos que el/la adolescente transita se le presenta una cuestión con el “no saber”, no saber qué y cómo hacer con todo eso. Pero aquel “no saber” trae consigo, como propone

Brignoni (2012), un elemento de novedad que le permite al adolescente inventar, encontrar formas nuevas para transitar el malestar; al menos nuevas para sí mismo. Estas nuevas construcciones a partir de elementos ya existentes las tomará en referencia a su propia época.

Es así que planteamos, observamos y analizamos las contingencias que ofrece nuestra época para transitar lo enigmático de aquel tiempo adolescente y para pensar, como adultos, el acompañamiento a esas trayectorias dentro de las claves actuales. Recorrimos varios autores que nos proponen pensar que la época actual presenta características que exceden aquel malestar inherente citado por Freud. Bleichmar (2005) enuncia el concepto de “malestar sobrante”, Murillo (2017) habla del neoliberalismo como “cultura del malestar” y Ulloa (2012) realiza un recorrido sobre la crueldad, sus grados y dispositivos. Es una época que construye una constante sensación de inseguridad que nos deja aislados al pensar que el otro es una amenaza para la libertad individual, una

8

angustia flotante, una crueldad que provoca un dolor psíquico con sensación de sin salida. Estamos inmersos en una cultura y modos de gobierno que producen desesperanza y apatía, que instan al olvido del prójimo y a la pérdida de lazos e impiden así pensar proyectos y creaciones; un contexto donde impera la renegación, donde se agudiza la violencia y la crueldad teniendo la muerte una presencia real.

¿Qué sucede cuando no existe el tiempo adolescente, cuando el sujeto se encuentra precipitado a las responsabilidades adultas? Winnicott escribe a partir de sus experiencias clínicas en un contexto de guerra. Nuestro contexto es otro, sin embargo vemos cómo los adolescentes se encuentran arrojados a un mundo adulto de manera violenta y precipitada, o a un mundo sin interés de refugiarlos en sus particularidades. Sujetos adolescentes que se encuentran fuera del sistema educativo o laboral por elevadas cargas de tareas domésticas, por tareas de cuidado o situación de embarazo, por un temprano ingreso al mercado laboral o atrapados por las violencias y abusos sexuales por parte de adultos, etc. Son situaciones y particularidades que pueden suceder, sin embargo, el adolescente necesita tener ese espacio y tiempo para la invención. El deporte puede ser un lugar de invención, de elaboración, de metabolización, simbolización y trabajo psíquico.

Ante esta desoladora descripción del contexto con los agobiantes modos de la época y las características propias del devenir adolescente, ¿cómo producir, crear, propiciar lugares, espacios o situaciones que puedan habilitar modos no tan mortíferos para la invención adolescente? La búsqueda es de habitar la incomodidad propia de este momento de la vida y no de imponer resolverla. Resulta un desafío resituar y pensar la propensión a la agresión que trae consigo la adolescencia. Pensar cómo dar tiempo y sostener esa agresión y sus formas evitando postular que los únicos destinos sean al servicio del odio, la violencia, la muerte, el asesinato, el olvido del semejante.

Retomamos a Winnicott una vez más: la agresión es pulsional, es fuente de energía. Entonces, frente a la destrucción aparece la construcción, que puede ser al modo del sueño, del trabajo, del juego, de la dramatización, e incluso al modo masoquista al recibir un castigo que lo redime del sentimiento de culpa. “(...) toda agresión que no se niega puede utilizarse para fortalecer los instintos de reparación y restitución. (...) reconocer la propia crueldad y voracidad pueden ponerse al servicio de la actividad sublimada” (Winnicott, 1990, p.112).

El sociólogo Norbert Elias (1992) define al deporte como derivación de los pasatiempos y juegos, que implican el uso de la fuerza corporal, surge como forma de lucha física, como experimentación del deleite de una batalla pero con un mínimo de daño físico. “Ofrece la liberadora emoción de una lucha en la que invierten habilidad y esfuerzo físico mientras queda reducida al mínimo la posibilidad de que alguien resulte seriamente dañado” (p. 202). El autor lo postula como un juego con propósito de dar placer y espacio

para la expresión ritualizada, que despierta o da lugar a la agresión y la violencia pero en forma de lucha en juego o batalla fingida. Encontramos una tensión controlada, se perciben metas y logros que conllevan cooperación.

La definición de Elías se articula con lo que venimos conceptualizando sobre la agresión y la adolescencia. Sitúa justamente al deporte como lugar donde es posible disfrutar de golpear objetos y utilizar la fuerza física sin destruir al otro, distinguir lo que se puede lastimar y lo que no. Un lugar donde se disfruta de golpear, patear, saltar y no se convierte en un daño a sí mismo ni a otros, y donde se puede asimilar la frustración: “un niño que pega trompadas o patea una pelota se siente mejor gracias a eso, en parte porque disfruta golpeando y pateando, y porque inconscientemente siente (falsamente) que ha expulsado lo malo a través de los puños y los pies.” (Winnicott, 1990, p.110).

La competencia y la rivalidad son modos en los que se juega la agresividad. En las adolescencias podemos pensar que la elección de objeto sexual conlleva al registro del otro como rival. Estas rivalidades no son nuevas, ya existían en la infancia y se han constituido como experiencia personal para el adolescente. Winnicott (2013) hace también algunas reflexiones en este sentido para pensar en la idea del triunfo sobre el otro y la admiración que produce el vencedor.

9

¿Cómo encauzar esa agresividad en un contexto que, no solo no tolera las características del devenir adolescente, sino que les propone modos que producen desesperanza, apatía y angustias que agudizan la violencia? Asistimos a una época donde prima el individualismo, el deseo materialista, y el prójimo puede ser dañado, el otro puede -o incluso tiene que- desaparecer. Una época de crueldad legitimada donde la muerte puede volverse real, más allá -o más acá- de las fantasías inconscientes del adolescente. Como dice Winnicott: no se trata de “curar” lo que viene con el tiempo adolescente, sino de sostenerlos y acompañarlos en sus invenciones.

Ante lo que pareciera un conflicto insalvable, tomando a Freud (1989) y su concepto de malestar inherente, el deporte -entre otras cosas, pero este es nuestro tema de ensayo- puede pensarse como una configuración cultural para “hallar un equilibrio acorde a fines, dispensador de felicidad, entre las demandas individuales y las exigencias culturales de la masa” (p.94). El deporte entonces es un elemento mediador, un elemento de la cultura que permite aplazar el acto, dramatizar la expulsión de los impulsos, como enuncia Winnicott, desplazar a través del juego las fantasías inconscientes.

En otras palabras, el investigador y ensayista francés Phillippe Meirieu (2006), propone pensar en que son necesarios los objetos culturales que ofrezcan la mediación necesaria para soportar las contradicciones y paradojas de la vida en sociedad. El objetivo no es prohibir la violencia sino metabolizarla: aplazar el acto, esa es la finalidad de la cultura y el deporte puede ser la estrategia. El deporte da el tiempo para examinar, analizar y anticipar las consecuencias que tienen los actos.

El deporte aparte de tener un vínculo estrecho con la agresividad, con la tensión, con la lucha y fuerza física también lo tiene con la noción de juego. Y es acá que debemos volver a mencionar a Winnicott (2013) y su concepción de juego, como derivado de la tercera zona, de la experiencia cultural. El lugar de la experiencia cultural es el espacio potencial que existe entre el individuo y el ambiente:

El juego *tiene un lugar* y un tiempo. No se encuentra *adentro* (...). Tampoco está *afuera*, es decir, no forma parte del mundo repudiado, el no-yo, lo que el individuo ha decidido reconocer (con gran dificultad, y aún con dolor) como verdaderamente exterior, fuera del alcance del dominio mágico. Para dominar lo que está afuera es preciso *hacer cosas*, no solo pensar o desear, y *hacer cosas lleva tiempo*. Jugar es hacer. (p 83)

El juego es una manifestación de la experiencia cultural. Es el comienzo del vivir

creador.

En el apartado anterior, junto a Brignioni (2012), expusimos que el/la adolescente trata de responder a sus preguntas con una invención ante el “no saber”. Las invenciones o creaciones son formas transitorias para elaborar lo que les produce malestar. El deporte se nos presenta entonces como juego, como un hacer, como espacio potencial, como experiencia cultural, como oportunidad de construir, como actividad creativa, como lugar posible a las preguntas del adolescente. El deporte opera como vía para las fugas, “la escapatoria tiene lugar únicamente cuando el exterior es más atractivo que el interior.” (Aichorn, 2006, p. 57).

En este ensayo tomaremos al juego y al deporte como alternativa a la crueldad y desesperanza que postula la época. Situaremos al deporte como un espacio de despliegue para la agresión, como lugar que posibilita una construcción a partir de la destructividad, como ambiente para fortalecer la reparación y restitución, como posibilidad de hacerle frente a la voracidad pulsional, como una actividad al servicio de la creatividad. Es una alternativa a la pura agresividad.

10

### ***Las paradojas del lazo social. La construcción de “lo común”***

*“(...) la historia no es solo y puramente una acumulación necesaria, homogénea y lineal de acontecimientos que nos llevan hacia el futuro; si no que la historia es sorpresa, inquietud, estado de catástrofe, estado de excepción, tal vez sin garantías, ese sujeto desarmado, perdido de sí mismo, expropiado, fragmentado, puede encontrar en el otro -como diría mucho después Lévinas una oportunidad”*

(Benjamin, citado por Forster, 2009)

Hasta acá ensayamos respecto del adolescente, sus características, los elementos que ofrece la época y por qué pensar que el deporte puede ser una estrategia para encauzar la agresividad pulsional. Pero ¿practicar un deporte es solo un modo de descargar la energía pulsional? Podemos pensar que para esa descarga en el deporte hace falta encontrarse con un otro-compañero y un otro-oponente. Entonces, ¿podemos situar al deporte como artificio para mediar la producción del lazo social? ¿Qué sucede con la grupalidad en los deportes? ¿Existe la posibilidad de enlazar la grupalidad deportiva con la construcción de lo común?

El deporte es un lugar de encuentro que puede favorecer la producción de lazos que desafíen los modos de ser actuales que postula el neoliberalismo. Modos que fomentan la competencia entre individuos libres, entendiendo a la libertad de un modo egoísta, sostenida en el deseo materialista, negativa respecto al otro y que remite a la ausencia de prójimos produciendo ensimismamiento, angustia y agudizando la violencia (Murillo, 2017).

Pensamos lo grupal como una unidad que permita a cada uno pasar por lo común hasta encontrar su manera de estar solo entre los otros (Percia, 1994). Una unidad que desafía los discursos de la época que pretenden y promueven una homogeneidad que elimine lo distinto volcando el odio y la violencia a aquello que es diferente.

Empezaremos indagando acerca del concepto de lazo. El psicoanalista David Kreszes en su escrito *El lazo filiatorio y sus paradojas* (2005) le adjudica al lazo una estructura paradójica ya que contiene su vertiente de ligadura y al mismo tiempo su vertiente de desligadura. El lazo es continuidad y discontinuidad. Kreszes no concibe estas características en tiempos de cronología lineal sino que la estructura misma del lazo impone la ligadura y la desligadura. El sujeto se encuentra constantemente afirmando la consistencia del lazo y al mismo tiempo apostando a reducirlo, a desconocerlo, intenta suprimir su carácter paradójico, suprimir la paradoja que le es inherente.

Esta conceptualización nos permite pensar que el lazo es estructural y constitutivo al sujeto y buscaremos problematizar las especificidades de las adolescencias en relación a esta paradoja. Recordemos que el sujeto adolescente está perseguido por la dinámica del conflicto y por la reconfiguración de lo pulsional, se pregunta qué hacer y cómo hacer con eso que presiona, cómo entrar en relación con los otros.

¿Cómo se interrelacionan la adolescencia, lo paradójico del lazo y los discursos de la época? Kreszes (2005) postula que es habitual escuchar en la clínica la posición discursiva del “haberse hecho solo”, “hacerse solo”, la autofecundación que supone un no a las marcas previas. Este discurso es una de las estrategias del sujeto en el intento de reducir la paradoja de la filiación. El autor encuentra esta posición en la resonancia del discurso de Occidente, donde lo que está privilegiado es lo que hace a la autonomía, a la libertad, al hacerse uno mismo.

Coincidimos con el autor y con Lacan en pensar la subjetividad de la época como una subjetividad sostenida en los ideales de la autonomía y el autoengendramiento, que concibe al ser humano libre de conflicto. Esto dialoga con lo que Murillo (2017) postula

11

sobre los modos del neoliberalismo: “el proceso de subjetivación producido en la cultura del malestar emerge de la interpelación a la competencia constante y al olvido de lo pasado para adaptarse al futuro.” (p.10). La autora plantea que el efecto fundamental es el egoísta cuidado de sí, que es parte del padecer psíquico que produce el borramiento del conflicto y profundiza la distancia de los sujetos. A lo analizado por la autora le podemos sumar la presencia de un discurso meritocrático, donde la competencia postula al semejante como enemigo, donde el sujeto se autofunda sin historia y enuncia ser merecedor de las cosas a costa del olvido del otro.

Estas son lógicas que atraviesan a los y las adolescentes, y al adolescente en tanto condición de consumidor y nativo digital. Las nuevas tecnologías ya se volvieron parte determinante para la construcción de lazos.

El plano de la autofecundación sería uno de los polos del intento de suprimir las paradojas del lazo; el otro polo es el que intenta asegurar la continuidad, la consistencia de un lazo donde no hay noticia del corte, nada anuncia al sujeto de la desligadura. Algunas formas de nombrar esa consistencia del lazo son los fundamentalismos, el sostenimiento de la tradición sin ranuras (Kreszes, 2005). Tal vez esto podríamos pensarlo con ejemplos como lo que ha pasado en nuestro país con “los rugbiers” y lo que implica la pertenencia a grupos que se constituyen como masa.

Profundizando en la noción de lazo, Ferrari (2021) realiza una revisión de la obra freudiana *Psicología de las masas y análisis del yo* para esclarecer la especificidad psicoanalítica del lazo social. En su trabajo comenta el capítulo VII: “La identificación”. Dice que es un proceso inconsciente mediante el cual un sujeto asimila un atributo del otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste, tan solo con vincularse con él (p.150). No ahondaremos en la especificidad y variaciones de este concepto pero lo usaremos como referencia para pensar las adolescencias. El autor nos plantea que a partir de la adolescencia los lazos derivados de las identificaciones tempranas son puestas en cuestión. Entre los duelos que postula la pubertad se encuentra el del vínculo con los padres.

El concepto de identificación también nos permite pensar las invenciones de la adolescencia. Ante el malestar que presenta el “no saber” qué y cómo hacer para relacionarse con otros y con la sexualidad el adolescente inventa respuestas transitorias. Brignoni (2012) aclara que es una invención aunque se parezca a la de los demás. El adolescente va haciendo sus recorridos “como si fuera el otro”, por ejemplo, intenta darse una identidad como la del grupo. La autora también agrega que otra forma de tratar el malestar es la transgresión, saltarse la norma y en algunos casos darlo a ver de forma desafiante.

Retomaremos algunas nociones sobre lazo para enfocarnos en la cuestión del deporte como lugar de encuentro. Ferrari (2021) define:

Los lazos unen, atan, se gozan o generan conflictos.(...) Para registrar sus efectos, el individuo dispone de una estructura anímica originariamente escindida que percibe, espeja, registra o distorsiona la presencia y significatividad de esos lazos. En su trasfondo, según Freud, inciden en la escena las pulsiones, fuerzas potentes y cerriles, que esfuerzan en la búsqueda de objetos para aliviar la tensión de necesidad. (p. 3)

El lazo social pone en relación a los individuos y en toda relación interviene la ambivalencia amor-odio. Si bien el vínculo es uno solo y la ambivalencia le es inherente, intentaremos desglosar por un lado el amor y por otro lado el odio, para luego poder pensar que son parte de lo mismo.

Freud (2008) postula que los vínculos de amor constituyen la esencia de las masas, “en la cooperación se establecen por regla general lazos libidinosos entre los compañeros, lazos que prolongan y fijan la relación entre ellos mucho más allá de lo meramente ventajoso.” (p. 97). El concepto de libido está presente en el tejido social. La educadora Graciela Frigerio (2017), recupera notablemente como en esa relación ambivalente, en esa relación con el otro aparece la posibilidad de la colaboración.

12

Aparece el otro como semejante para atender el cuidado de las cosas comunes. En palabras de Freud:

Después de que el hombre primordial hubo descubierto que estaba en su mano -entendiéndoselo literalmente- mejorar su suerte sobre la Tierra mediante el trabajo, no pudo serle indiferente que otro trabajara con él o contra él. Así el otro adquirió el lugar de colaborador, con quién era útil vivir en común. (p 49)

Respecto al odio, Ferrari (2021) postula que en toda relación afectiva intervienen sentimientos de hostilidad. En el odio o repulsa con quien se tiene trato interviene el narcisismo, que impone una brutal crítica a aquello que difiere, que apunta a la desemejanza. Esto se ve en la dificultad de tolerar las diferencias. El peligro aparece cuando las sociedades exasperan el infantilismo y fomentan y legitiman los discursos de odio, cuando permiten herir o eliminar al otro por distinto como si no hubiera consecuencias. Es peligroso cuando se utiliza a la masa para volcar el odio en lo extranjero.

Por esta misma línea, Elias y Dunning (1992) en su libro *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio*, además de brindarnos la definición que utilizamos de deporte, plantean que dentro de los fenómenos de tensión y cooperación no son independientes, la cooperación presupone tensión y la tensión, cooperación. El deporte se convierte en un lugar para habitar y examinar la ambivalencia y el conflicto inherente que presenta el lazo. El deporte es un espacio de encuentro ante los modos que propone la época donde el otro se convierte en enemigo, que no es lo mismo que oponente. En un sistema donde la libertad individual remite a una ausencia de los otros y los vínculos se vuelven calculadores, los aspectos de lo humano quedan atados al éxito y exilian el lazo

libidinal, exilian toda alegría de estar con el otro por el otro mismo (Murillo, 2017).

El deporte se convierte en un lugar para reconstruir lazos amorosos y desafiar la violencia y la muerte como destino. Es un espacio y un tiempo para que el adolescente pueda inventar las salidas, las respuestas al malestar que lo aqueja. "A inventar su propio camino, uno está solo y necesita de los otros. Inventar su propio camino no se enseña, se aprende en lo vivido de la acción, y desde compañías diversas, mentales y concretas. (Cornu, 2017, p. 109).

¿Qué sucede cuando nos encontramos con contextos donde se evidencian prácticas gubernamentales que producen subordinación-exclusión-extinción? ¿Qué posibilidades tienen los/las adolescentes de inventar ante el malestar cuando hay cuerpos sometidos a dispositivos disciplinares de corrección y la muerte violenta es una vivencia experimentada en el cotidiano? ¿Cuáles son las consecuencias de transgredir cuando la práctica delictiva es usual en adolescentes para sostener -entre otras cosas- el policosumo abusivo de drogas, y para obtener relaciones de poder y amistad? (Rocha y Lan, 2021). En determinados contextos, la búsqueda del adolescente de darse una identidad puede poner en peligro su existencia.

El deporte se nos presenta como encuentro con el otro en tanto diferente, en contraposición al narcisismo que arrasa ante las pequeñas diferencias. Frente a los discursos de odio actuales que intentan continuamente homogeneizar y derribar lo distinto, tenemos que encontrar el camino hacia la construcción de "lo común". Quizás el deporte sea parte de la misión que nos viene a proponer Philippe Meirieu (2006): La misión de crear espacios donde los seres pueden comunicarse sin pelear, construir democracia, aceptar la pluralidad y la diversidad.

Por último, ¿qué sucede con lo grupal en general y en el deporte en particular? El psicoanalista Marcelo Percia en su libro *Notas sobre lo grupal* (1994) nos invita a repensar lo grupal frente a la cuestión de la singularidad. Se interroga por la diferencia entre un sentido de grupo y los sentidos que se juegan en situación de grupo. Plantea como desafío pensar en una situación grupal que no reduzca ni niegue la singularidad, que no aplaste las diferencias. El autor advierte que "La voluntad de síntesis de lo grupal, cuando no contempla las diferencias o el recorrido de las singularidades existentes, se

13

manifiesta como un acto de violencia sobre el conjunto. Un error frecuente es la imposición de la unidad: la unificación de afectaciones diversas." (p.43) Resulta desafiante pensar una noción de grupalidad que permita habitar "lo común" sin perder lo propio. Lograr un espacio donde lo colectivo y lo individual coexistan, que le permita al adolescente transitar su periodo de cambios sin imponer una homogeneidad que niegue sus particularidades.

Percia (1994) propone pensar al grupo como un espacio en el que multiplicidad de sentidos se imbrican en una superposición, donde se construye una unidad de lo múltiple, propone pensar como juegos de multiplicidades a cualquier producción grupal. Es así que podemos postular al deporte como un espacio donde poder jugar el juego grupal y al mismo tiempo el propio juego, el propio juego del adolescente, pudiendo buscar los modos de estar con los otros. El deporte como colectivo donde cada uno encuentre su parte dándole tiempo a lo propio de los cambios y procesos. El deporte como posibilidad de entretejer una unidad que "permita a cada uno pasar por lo común hasta encontrar su manera de estar solo entre los otros. La unidad no es uniforme." (p.71). Donde el adolescente pueda crear lo propio, hacer algo con la novedad, inventarse junto a otros y darse un tiempo y un lugar para el trabajo subjetivo.

Si entendemos al deporte y al grupo como herramientas para el acompañamiento de trayectorias adolescentes, la noción de "dispositivo" que propone Percia (1994) nos resulta adecuada y pertinente:

El dispositivo fija una posición y asigna determinadas condiciones de producción. Es un ordenamiento “necesario” en un universo caótico y contingente. (...) la calidad de lo necesario debe entenderse como punto de partida y no como proyecto forzoso e inevitable. (...) Sin un dispositivo no se funda un grupo: pero ese mismo esquema puede cercar sus producciones cerrándole todas las salidas que conducen a lo impensado. La misma acción que inaugura el espacio de producción colectiva puede rodearla como un vallado y, en ese caso, las formas instituidas operan como un muro o una pared, y no como un horizonte siempre abierto. (p. 45)

Lo que propone dicho autor no se contrapone con pensar una identidad grupal en relación con el sentido de “equipo”, de pertenencia. Lo cual tiene gran importancia para el periodo adolescente, ese aspecto es relevante porque el/la adolescente pueden encontrar un lugar donde sentirse auténticos, darse una identidad como la del grupo (Brigoni, 2012). Sino que utilizamos las nociones que trae el autor para por un lado pensar lo paradójal y ambivalente del lazo; y por otro lado para acompañar las singularidades y hacer frente a las lógicas de la época que intentan volcar el odio a lo distinto y apuntan a una supuesta homogeneidad que iguale, que borre las diferencias.

## **Reflexiones finales**

El ensayo refleja que el deporte puede ser una herramienta para el acompañamiento de las trayectorias adolescentes, especialmente en la época actual marcada por las claves del neoliberalismo, la violencia y la crueldad. En este contexto, donde impera la renegación, donde se agudiza la violencia y legitiman los modos de la crueldad planteamos al deporte como un lugar que puede habilitar la novedad que trae consigo el adolescente y que le permite habitar su incomodidad y su experiencia vital. Permite un espacio de encuentros que reconstruyan lazos amorosos y desafíen los destinos de la violencia y la desesperanza.

El deporte se propone como un tiempo y un espacio para el hacer. Un espacio que permite al adolescente el despliegue de lo pulsional y que posibilita una construcción a partir del impulso destructivo. Una vía por donde la elaboración del impulso destructivo puede transformarse en deseo de reparar, de construir y de asumir responsabilidades. Y un tiempo para examinar, un tiempo para el trabajo psíquico. El deporte como mediador, como elemento de la cultura que permite aplazar el acto, encauzar lo pulsional y metabolizar la violencia, un lugar que desafíe las contingencias de la época. Como juego

que da lugar al hacer, permite la invención del adolescente, da tiempo de creación y un espacio posibilitador de la actividad sublimatoria.

A partir de estas articulaciones comenzaron a surgir nuevos interrogantes: ¿el deporte es solo una descarga para la pulsión, una actividad sublimatoria, un aplazamiento de acto? ¿Qué sucede particularmente con las adolescencias y el lazo social? Encontramos que el deporte no solo es un modo para descargar la energía pulsional y encauzar la agresividad, sino que para esa descarga hace falta encontrarse con otros. Es así que el deporte es un artificio posible para mediar la producción de lazo social, se convierte en un lugar para habitar y examinar la ambivalencia y el conflicto inherente que presenta el lazo. Le posibilita al adolescente explorar su identidad y encontrar formas de relacionarse con los demás, es un espacio de encuentro ante los modos que propone la época. El deporte se nos presenta como encuentro con el otro en tanto diferente frente a los discursos de odio actuales que intentan continuamente homogeneizar y derribar lo distinto, el deporte es un espacio hacia la construcción de “lo común”.

Es así que ubicamos al deporte como un dispositivo de ordenamiento “necesario” -no forzoso- de producción colectiva (Percia, 1991) para acompañar las trayectorias adolescentes. Esto brinda un lugar donde lo común y lo individual coexisten, ayudando a los adolescentes a navegar por su periodo de cambios sin imponer una uniformidad que niegue sus singularidades. Un espacio donde poder jugar el juego grupal y al mismo tiempo el propio juego, pudiendo buscar los modos de estar con otros y a la vez encontrar maneras de estar solo entre los otros. Donde el adolescente pueda crear lo propio, hacer algo con la novedad, inventarse junto a otros y darse un tiempo y un lugar para el trabajo subjetivo.

La escritura del ensayo nos permite pensar que posicionarnos para acompañar las trayectorias adolescentes implica necesariamente situar su carácter inquietante, incómodo y enigmático. Debemos pensar herramientas en el territorio y en la clínica. Nuestra tarea y rol como psicólogos/as consiste entonces en: un estar que posibilite, que habilite otras posibilidades, valga la redundancia.

Habilitar es una palabra de uso común en el vocabulario del deporte. “Habilitar con un pase”, “dar una asistencia”, “estar habilitado” son expresiones comunes en el juego. Cuando le habilito un pase a alguien lo percibo sin mirarlo, sé su lugar en la cancha y pienso sobre su posición, entiendo algunos de sus cambios y algunas de las formas en que las reglas del juego le permiten moverse.

Para habilitarlo tengo que estar cerca, no por delante ni de espalda. Tampoco demasiado lejos porque en la inmensidad del campo y en presencia de otros lo pierdo y me vuelvo ausente. Habilitar a alguien es dar un pase a espacios huecos, es buscar las grietas. Se habilita a la posibilidad, posibilidad del encuentro con la pelota para que el otro haga con y de ella algo.

15

El otro se muestra, aunque no sabe exactamente cómo, ni tampoco está totalmente seguro de ser visto. Anticipa de alguna forma la necesidad de encontrar y llegar a aquel espacio. Hay que mantener la distancia y esperar el momento. La adrenalina de resolver la jugada aparece entre la previsibilidad del juego del otro y lo necesariamente borroso y enigmático que tiene que ser para que no se vuelva obvio para el adversario.

En la habilitación no siempre participa la palabra de forma clara, no se le da al otro una explicación de cómo tiene que hacer para llegar al espacio. En la cancha y durante el juego no siempre se le grita qué tiene que hacer. Va a encontrar formas de desmarcarse, de llegar.

En el juego por momentos devienen habilitaciones que permiten que otros puedan ligar pases entre ellos, laterales, diagonales, con efectos. Por momentos el juego adquiere un sentido común, colectivo. Se vislumbra la singularidad del juego propio y a la

vez se proyecta una pluralidad de miradas, búsquedas, encuentros y direcciones.

En nuestra tarea como profesionales habilitar y acompañar remiten a estar al lado del adolescente, dar tiempo y presencia para que el mismo pueda tomar y construir algo. Acoger con distancia, sin colmar con el propio saber; sostener sin la inmediatez por la respuesta. Retomando las metáforas, el psicoanalista asiste, posibilita jugadas, es un facilitador de pases.

El análisis, la problematización, las lecturas y el ejercicio de escribir conducen entonces a la reflexión de que el deporte puede ser un dispositivo clínico. Una posibilidad para el abordaje de situaciones, que siempre es artesanal, caso por caso, de manera situada, contemplando las particularidades de cada experiencia, de la época y del contexto.

### **Referencias bibliográficas**

- Aichhorn, A. (2006). *Juventud desamparada*. Gedisa.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Topía
- Brignoni, S. (2012). *Pensar las adolescencias*. Editorial UOC.
- Bugacoff, A., Czerniuk, R., Haimovich, E., Kreszes, D., Nucenovich, N., Rozemberg, L., Sneh, P. (2005). El lazo y sus paradojas. *Superyó y filiación. Destinos de la transmisión* (pp. 13-29). Laborde Editor.
- Elias, N., Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Cultura Libre.

- [https://monoskop.org/images/9/93/Elias\\_Norbert\\_Dunning\\_Eric\\_Deporte\\_y\\_ocio\\_e\\_n\\_el\\_proceso\\_de\\_la\\_civilizaci%C3%B3n\\_1992.pdf](https://monoskop.org/images/9/93/Elias_Norbert_Dunning_Eric_Deporte_y_ocio_e_n_el_proceso_de_la_civilizaci%C3%B3n_1992.pdf)
- Erikson, E. H. (1985). *Sociedad y adolescencia*. Siglo XXI.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal: notas para una genealogía*. Ediciones Nueva Visión S.A.I.C.
- Ferrari, H. (2021). Lazo social. Revisitando Psicología de las masas y análisis del yo. *Psicoanálisis* XLIII(1 Y 2), 137-166. <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2021/11/12.-FERRARI.pdf>
- Freud, S. (1989). *Malestar en la cultura. Obras Completas, Vol. XXI*. Amorrortu. Freud, S. (2008). *Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas, Vol. XVIII*. Amorrortu.
- <https://psicopatologia1unlp.com.ar/bibliografia/tp/histeria/Freud.%20Psicolog%C3%ADa%20de%20las%20masas%20y%20an%C3%A1lisis%20del%20yo.pdf> Frigerio, G., Korinfeld, D., Rodríguez, C. (2017). Oficios del lazo: mapas de asociaciones e ideas sueltas. *Trabajar en instituciones: los oficios del lazo* (pp. 41-100). Noveduc.
- Lacadée, P. (2008). *Psicoanálisis con adolescentes*. Pomaire.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 1*. Siglo veintiuno. <https://espaciopsicopatologico.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/02/escrito-s-1-jacques-lacan.pdf>
- Mannoni, O., Deluz, A., Gibello, B., Hébrard. (2001). *La Crisis de la Adolescencia*. Gedisa
- Meirieu, P. (2006). Charla abierta: "Educar en la incertidumbre". *Revista El Monitor de la Educación*, (9), 42-45. Ministerio de Educación de la Nación. [http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/monitor/monitor/monitor\\_2006\\_n9.pdf](http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/monitor/monitor/monitor_2006_n9.pdf)
- Murillo, S. (2017). *La cultura del malestar* <https://drive.google.com/file/d/0Bwxc0Qar5QHgcE5FWFhEeE14Ym8/view?resourcekey=0-xheEdhFeJWRG4pMstK5wRQ>.
- Percia, M. (1994). *Notas para pensar lo grupal*. Lugar
- Rocha, H., Lan, D. (2021). La configuración de necroespacialidades vivenciadas por adolescentes varones implicados con el narcotráfico en las periferias pobres del gran Buenos Aires, Argentina. *Revista da ANPEGE* 7(32), 429-445. [https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/140801/CONICET\\_Digital\\_Nro.4af\\_c8af2-5a16-4498-9096-a7509c67f8e6\\_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y](https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/140801/CONICET_Digital_Nro.4af_c8af2-5a16-4498-9096-a7509c67f8e6_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y)
- Ulloa, F. (2011). *Salud Ele-Mental con toda la mar detrás*. Libros del Zorzal. Ulloa, F. (5-8 de abril de 2005). *Sociedad y crueldad*. [Panel]. Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas. Huerta grande, Córdoba. <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL002016.pdf>.

17

- UNICEF. (2021). *Análisis de situación de la niñez y la adolescencia en Argentina*. UNICEF. [https://www.unicef.org/argentina/media/11671/file/An%C3%A1lisis%20de%20Situaci%C3%B3n%20de%20la%20Ni%C3%B1ez%20y%20la%20Adolescencia%20en%20Argentina%20\(SITAN\).pdf](https://www.unicef.org/argentina/media/11671/file/An%C3%A1lisis%20de%20Situaci%C3%B3n%20de%20la%20Ni%C3%B1ez%20y%20la%20Adolescencia%20en%20Argentina%20(SITAN).pdf)
- UNICEF. (2017). *Para Cada Adolescente Una Oportunidad*. UNICEF. <https://www.unicef.org/argentina/media/1396/file/Posicionamiento%20adolescentes.pdf>
- Winnicott, C., Shepherd, R., Davis, M. (1990). *Deprivación y delincuencia de D. W.* Winnicott. Paidós.

Winnicott, D. W. (1980). *La familia y el desarrollo del individuo*.  
Horme. Winnicott, D. W. (2022). *Realidad y juego*. Gedisa.